Europa: sueño y esperanza en María Zambrano

Juan Fernando Ortega Muñoz (Universidad de Málaga, Fundación María Zambrano)

Introducción[1]

Desde los años setenta del siglo pasado en que María Zambrano era una total desconocida en España y prácticamente en el resto del mundo culto hasta nuestros días, en que es sin duda la filósofa más presente en la cultura occidental y testimonio de ello es que sus obras están siendo traducidas a todos los idiomas cultos de occidente e incluso al árabe, al rumano, al siríaco y al japonés, han transcurrido cerca de cincuenta años. En 1970 EL Alcalde de Vélez, en carta que se conserva en la Fundación, afirmaba no tener idea de la existencia de María Zambrano. Quien iba a decir cuando mis compañeros de universidad, entre incrédulos y burlones, se extrañaban de que yo defendiera a una mujer filósofo, que hoy sería considerada la pensadora más destacada de nuestro país en el siglo XX, como reconoce el reciente *Diccionario de Filosofía* de la Universidad de Oxford. ¿Cuál es la causa de este eco internacional que está cobrando la obra de María Zambrano? Sin duda es la novedad y originalidad de sus planteamientos, que se adecuan como ninguno otro a los problemas y necesidades de los hombres de hoy, además de la belleza de su estilo y lo sugerente de sus propuestas. En un mundo en crisis, que no se siente representado por los pensadores de nuestro momento, la filosofía de Zambrano nos trae aires nuevos de renovación y esperanza. El ciclo de pensamiento que conocemos como *racionalismo* ha terminado, ya no se adecúa a las necesidades culturales del hombre de hoy.

La agonía de Europa

Hoy en que Europa, pese a la crisis económica que actualmente estamos padeciendo, se encuentra en un proceso de recuperación de su unidad y de su grandeza, estamos tentados a olvidar que el siglo que hemos dejado atrás es, sin duda, el más cruel que recuerda la historia y que ello en gran medida ha sido provocado por la crisis de identidad que padeció Europa a finales del siglo XVIII y primera mitad del siglo XX.

María Zambrano publica su obra *La agonía de Europa* en 1945, pero se escribió cinco años antes, cuando el imperio del terror dominaba Europa y amenazaba con dominar el resto del mundo. Ella misma nos dice que fue en el "verano de de los años cuarenta en que se escribieron estas letras"[2], justamente cuando Europa estaba sufriendo su agonía. "Porque Europa –nos dice– es el lugar donde hoy estalla el corazón del mundo"[3]. Pese a ello, como en su tiempo Agustín de Hipona tras la invasión de los Bárbaros, María Zambrano, nos transmite un mensaje de esperanza, "porque Europa no ha muerto; Europa no puede morir del todo: agoniza. Porque Europa es tal vez lo único que puede resucitar"[4]. Zambrano nos dice que en

[1] Sobre este tema he publicado con anterioridad los siguientes artículos: "La crisis de Europa en el pensamientote María Zambrano", "Europa, sueño y verdad. Reflexiones de María Zambrano sobre Europa".

[2] Zambrano 1945, 10.

[3] Ibid., 53.

[4] Zambrano 1945, 48.

esta época en que ella escribe su libro "la fascinación de las tinieblas y de la oscuridad se ha ejercido sobre la claridad de la razón o de la inteligencia"[5]. "Estamos –dice convencida– en la noche oscura de lo humano"[6].

Pero aquel momento de agonía no era sino el desenlace de un largo proceso de declive y de traición de Europa a su propia esencia cultural,

> Desde hace bastantes años –escribe– se repite: Europa está en decadencia. Ahora ya no parece necesario decirlo. Muchas gentes que lo creen se refieren al suceso con frase velada y sonrisa irónica, como aludiendo a un secreto tan divulgado que hasta resulta elegante y misericordioso tratar de encubrir, aunque al hacerlo así se disuelve de una manera más humillante[7].

Por ello se nos impone –nos dice– analizar lo que ha sido Europa, "lo que de ella nos resulta irrenunciable"[8]. No se trata de una vuelta atrás, de un repetir la historia, sino de salvar aquellos elementos de nuestra identidad cultural que nos identifican como pueblos de una misma cultura. "Se trata de recoger lo que de Europa actúa y tiene vigencia"[9].

> Y esto consustancial, esencia de nuestra propia vida, que no nos pertenece, es irrenunciable; hemos de transmitirlo como nos lo transmitieron. De no hacerlo así sentiríamos el horror de que la continuidad de algo que viene desde muy atrás se ha quebrado precisamente en nosotros[10].

Por ello –continúa diciendo– que "tratando de encontrar la esencia de eso que llamamos Europa […] buscamos también el principio de su posible resurrección"[11]. Pero ¿qué es eso, –se pregunta Zambrano–

> eso que nos emparenta con todo lo europeo y que en este instante tiene más vigor que ningún rasgo nacional, particular o individual? Eso que nos hace sentir a Europa como una gran unidad en la que estamos incluidos íntegramente?[12].

La identidad europea

Zambrano piensa que lo fundamental de la identidad europea es su cultura. Ella es la que le singulariza en la pluralidad de los pueblos. Escribe:

> En el hecho de que en cualquier parte a donde volvamos la vista nos encontramos una cultura y de que no haya existido nunca el hombre en estado de naturaleza y, todavía más, de que este "estado de naturaleza" haya sido una de las utopías europeas, podemos ver que el hombre es una extraña criatura que no tiene bastante con nacer una sola vez: necesita ser reengendrado[13].

Pero esa cultura tiene un origen, un comienzo tras la ruptura cultural que supuso la invasión de los Bárbaros, y un protagonista.

> Por raro que parezca –escribe Zambrano– es posible fijar casi al año la fecha de nacimiento de la cultura europea, la salida a la luz de su protagonista… Ese gran hombre es San Agustín. Su vida, hecha transparente por las *Confesiones*, nos ofrece en su concreción personal, el tránsito del mundo antiguo al mundo moderno. Sus *Confesiones*, en verdad, nos muestran en estado de diafanidad el doble proceso coincidente de una conversión personal que al propio tiempo es histórica. La Historia misma se confiesa en él. Pues lo que cambia no es tanto el alma de Agustín, sino el alma del mundo antiguo que se convierte en nuevo. El mundo antiguo del que S. Agustín sale, no muere en sus esencias más verdaderas; va a

5 Zambrano, *Manuscrito M 400.*
6 Zambrano 1945, 154.
7 Ibid., 49.
8 Ibid., 49.
9 Ibid., 49.
10 Ibid., 30.
11 Zambrano 1945, 49.
12 Ibid., 30.
13 Ibid., 91.

> formar parte de la nueva cultura que se llama Europa[14].

Todavía hoy cuando leemos el *De Civitate Dei*, nos sorprende ver en un mundo aturdido por el descalabro de un imperio de mil años, esa clarividencia de Agustín que augura un mundo nuevo, renovado y más humano. Pero, "¿qué es lo que ha cambiado?", se pregunta María Zambrano en ese giro radical de la historia que va desde el mundo clásico a la Edad Media. Ella misma se contesta: lo que ha cambiado "es el hombre, el hombre engendrado por una nueva fe, por una creencia, por una nueva dirección de la esperanza"[15]. Y argumenta:

> porque la cultura humana no es sino un sistema de esperanzas y desesperaciones. Por eso, cuando se tiene el acierto de fundar una, las esperanzas dispersas se unen y recogen en un sistema, mas no de razones y sinrazones, sino de esperanzas y desesperanzas[16].

Esquema atinadísimo de interpretación de la Historia (Ponemos Historia con mayúscula cuando nos referimos al suceder de los hechos históricos y con minúsculas cuando se trata de la narración de los mismos) como proyecto que aglutina desde el futuro ideal el ser colectivo. Por eso los animales no tienen en propiedad Historia, porque no tienen capacidad de proyectar un futuro colectivo. Sólo las utopías asumidas por el pueblo son capaces de poner en marcha una colectividad, de dar sentido a la convivencia. En definitiva es un hombre nuevo el que se genera con la nueva cultura.

> Este hombre nuevo es el hombre interior: 'Vuélvete a ti mismo; en el interior del hombre habita la verdad'. El hombre europeo ha nacido con estas palabras. La verdad está en su interior; se da cuenta por primera vez de su interioridad y por eso puede reposar en ella; por eso es independiente, y algo más que independiente, libre[17].

Es importante insistir en esta afirmación zambraniana de la importancia del descubrimiento del *hombre* interior como fundamento del conocimiento y de la moral en libertad. Nos hemos olvidado frecuentemente de que el mensaje cristiano es un mensaje de libertad. Cuando el ángel anuncia a los pastores el nacimiento de Jesús, les dice: "os traigo una gran noticia que será motivo de gran alegría para todos: hoy os ha nacido en el pueblo de David un libertador"[18]. Pero la libertad que pregona en la nueva cultura es la del emerger de la persona en la realización de sí, frente a los obstáculos del poder, de la opresión, de la injusticia y de la ignorancia. La cultura europea se fraguó –nos dice Zambrano– en la síntesis o maridaje de la filosofía griega y la teología judeocristiana.

En cuanto a la filosofía, fue precisamente Europa la creadora, o descubridora, al menos, de este saber, que se constituye en fundamento de todo otro y ha sido la base indiscutible de la cultura europea. Zambrano escribe: "Filosofar viene a ser el centro, porque lo es ya de por sí la filosofía misma"[19]. Y refiriéndose en concreto al filósofo, nos dice que

> la vocación filosófica absorbe dentro de sí toda otra: la poética, la científica, la política y otras más que pudieran descubrirse en la biografía de un filósofo[20].

De igual manera y generalizando esta afirmación de Zambrano, podríamos decir que la filosofía marca, como la brújula, la orientación general y la dirección hacia la que tienden los aires de cada cultura en general.

Pero hay que advertir que cuando Zambrano habla aquí de filosofía se refiere a esa filosofía que se constituye en substrato de una manera general de

[14] Zambrano 1945, 95.
[15] Ibid., 96.
[16] Ibid., 98.
[17] Zambrano 1945, 114.
[18] Mateo: *Evangelio*, II, 10.
[19] Zambrano 2006, 192.
[20] Ibid., 181.

entender la existencia, encarnada en una sociedad que la vive como fundamento y justificación de su tabla de valores. Ella nos dice expresamente:

> Pues que se trata de la simbiosis de la filosofía, a través y desde la figura del filósofo, con la ciudad. No de la simple, escueta existencia de la filosofía dejada a sí misma en los libros y restringida a la enseñanza de una "asignatura", al estudio de una carrera que tiene trazas de ser un rastro o supervivencia del pasado, como una lengua muerta que un día u otro será abolida[21].

"La filosofía –nos dice en otro lugar tomando una expresión de Ortega– no es como un poema que se puede hacer a solas en la buhardilla"[22], sino que "la filosofía se da en, por, para la ciudadana convivencia"[23]. El 28 de mayo de 1932, en que Zambrano estaba en cama con tuberculosis, escribe a Ortega y le dice:

> Llevo casi un mes en cama, enferma. Leo filosofía, única cosa que nunca me es extraña, con una inmensa alegría, porque ella me da una salida luminosa al mundo, porque la amo como aquella que durante mucho tiempo nos ha esperado perdonándonos todas, las más aparentes que efectivas, traiciones[24].

Pero esa apertura al futuro tiene en esta época un doble horizonte: individual y social. El primero radica en la *persona.* En un texto de la *Política* de Aristóteles, que generalmente pasa desapercibido para los estudiosos del filósofo griego, el Estagirita cita la siguiente frase de Elena de Teodecto que asegura su rebeldía contra todo intento de dominio al afirmar su dignidad de ser hija de los dioses: "fruto de raíces divinas ¿Quién se atrevería a llamarme sierva?"[25].

Para María Zambrano el cristianismo es un humanismo porque supone "la exaltación de la persona humana al más alto rango entre todo lo más valioso del mundo"[26]. En efecto, una de las aportaciones fundamentales del cristianismo en esta época es que eleva la dignidad de todos los individuos humanos, sin distinción de raza, sexo, color, nacionalidad, del rango de siervo al de persona, porque todo hombre por el simple hecho de serlo, es "hijo de Dios".

> El cristianismo –escribe Mounier– aporta de golpe […] una visión decisiva de la persona. Hoy día no se aprecia en toda su magnitud el escándalo total que significa esa noción para el pensamiento y sensibilidad de los griegos[27].

Por su parte María Zambrano escribe: "El destino de un hombre es algo trascendente a todo lo que él realice […] De aquí que la persona humana es algo trascendente"[28]. Y en otro lugar insiste: "Todos los hombres somos personas, es decir, un proyecto de vida trascendente sobre la realidad de un individuo"[29]. Esta dignidad fundamenta una esperanza de eternidad.

> Por eso –escribe Zambrano– una persona, un cristiano, es como una perspectiva infinita que no se agota jamás en ninguno de sus actos ni en todos ellos juntos; es lo que está siempre más allá, está en el fondo, tiene fondo[30].

Y en cuanto a lo político y social, "el esfuerzo del hombre europeo ha sido la infatigable tensión de tender a un mundo, a una ciudad siempre en el horizonte"[31]. La Ciudad de Dios de S. Agustín se torna el paradigma ideal que dinamiza la Historia europea.

> Es la Ciudad de Dios –escribe– paradigma de toda la cultura europea. Se alza sobre el horizonte de todas las ciudades y se le ve entre nubes como trayendo la ciudad real hacia sí, poniéndola en pie, y, a veces, en llamas. Está sobre Toledo, sobre Florencia, sobre París…Y ha estado más que en parte alguna, en el inte-

[21] Zambrano 2006, 181.
[22] Ibid., 181.
[23] Ibid., 199.
[24] Ibid., 219.
[25] Aristóteles 6; 1255 a.
[26] Zambrano 1945, 25.
[27] Mounier 1974, 8.
[28] Zambrano 2006, 66.
[29] Ibid., 109.
[30] Zambrano 1945, 115.
[31] Ibid., 123.

> rior de las utopías políticas y de las más extremas que se han llamado revoluciones[32].

Cuando la filosofía entra en crisis los fundamentos de la convivencia y de la sociedad se quiebran. Cuando cambia de ciclo filosófico, cambia con ello un estilo de vida y de convivencia. Entramos por ello hoy, en que comenzamos un nuevo ciclo filosófico, en una nueva época cultural.

Por otra parte en cuanto a la religión, María Zambrano ve en el cristianismo la simiente de la historicidad, la afirmación del hombre, siguiendo la línea de la tradición religiosa judía, cuya fe arranca de una promesa, un pacto que viene a salvar aquella primera "rebeldía que inicia la historia"[33] frente a un poder oculto omnipotente –"el Deus asconditus"– que lo domina y que posteriormente se hará expresa y lúcida en Job que,

> sabiéndose polvo, ceniza, sombra pasajera, quiere venir a razones con Dios y le interroga sobre su destino, sobre el horror del nacimiento, sobre la servidumbre de saberse perecedero, sobre la humillación de soportar la injusticia. Es la queja humana, la no resignación, la afirmación –aquí más fuerte que en filosofía– del partido del hombre[34].

Por eso es lógico que cuando se produce la simbiosis entre filosofía y cristianismo, surja el problema de la historia, la afirmación del hombre con Dios y contra Dios, la dialéctica del ser humano con su trascendencia. La "filosofía griega no deja lugar para la historia humana –escribe Zambrano– pues es una forma de resignación"[35]. Su moral será un engarzar con el orden del cosmos y sentirse inmerso en él fatalmente, sentirse cogido en la rueda del destino, pero cuando se admite un Dios creador y ordenador, el hombre sabe que tiene un interlocutor al que pedirle razones de las injusticias, de los sinsentido de nuestro existir.

Y así "la Historia de Europa es la Historia de esta violencia de la Historia"[36], ese empeño de un pueblo todo por existir, esto es, por "ser por su cuenta"[37], por definirse con y frente a todo lo demás y especialmente frente a Dios, de romper el cordón umbilical que a El necesariamente nos une, de luchar con El. Por eso ese definirse de la cultura occidental estaba, antes que en la filosofía, "en la religión desde Job", desde que el hombre se levantó frente a Dios interrogándole, desde que quiso "venir a razones con la misma Divinidad"[38].

La crisis europea

Esa línea de pensamiento, esa época cultural cambia de forma radical con la modernidad. La religión cristiana, dominante en Europa, se desprestigia y enfría. La relajación moral en las instituciones eclesiales, la interferencia de lo político y religioso, el desprestigio de la teología, que se torna extremadamente dogmática, y se cierra al diálogo con una sociedad evolucionada, hace que su presencia en la sociedad decaiga y termine por tornarse ineficaz y desdibujarse en el panorama cultural.

> Sin duda –escribe Zambrano– Europa ha dejado de tener rostro; sin duda se ha falseado y su anterior firmeza ha cedido el paso a un reblandecimiento; sin duda, gérmenes ocultos en la raíz misma de los principios que le daban vida han ido lentamente corroyéndola[39].

El drama de Europa radica, según Zambrano, en que ha querido revelarse contra esa fe que encarna su propia existencia en busca de un humanismo nuevo que exige la negación de Dios para afirmarse. Ya no se trata de luchar con el Dios cristiano, simplemente se le desconoce, se le olvida, se le da por muerto. El espíritu europeo se ha agotado en su lucha con Dios, y ha preferido olvidar-

[32] Zambrano 1945, 126-127.
[33] Ibid., 31.
[34] Ibid., 77.
[35] Ibid., 77.
[36] Zambrano 1945, 82.
[37] Ibid., 83.
[38] Ibid., 83-84.
[39] Ibid., 19.

lo, pero esto le lleva a un profundo vacío, a la negación de su propia existencia como cultura, que se caracteriza justamente por esta dialéctica Dios-hombre. Al perder la cultura europea al "Dios creador –comenta Zambrano– perdió al hombre y con él al mundo"[40].

Sin embargo, según Zambrano, todo aquel mundo de fe religiosa perdura de alguna manera transformado en un espíritu de violencia.

> Lo primero que percibimos –escribe Zambrano– es este estallido del corazón europeo es la violencia, una terrible violencia que no ha podido formarse sino viene de lejos y tal vez desde su raíz[41].

María Zambrano cree encontrar

> el origen de su violencia en su adoración, en que aquello que durante siglos ha adorado cada vez más furiosamente, en su culto absorbente, tan fanático que, siendo un culto dirigido a la verdad, puede parecer, algunas veces, una idolatría[42].
>
> El hombre europeo –escribe convencida Zambrano– aun hablando de virtudes, de muchas virtudes, se justificó, en realidad, por la creación. Ininterrumpidamente, desde S. Agustín hasta nuestros días, a través de la crisis del Renacimiento y del Romanticismo, o a través de las Revoluciones logradas o frustradas, el hombre europeo se ha glorificado por la creación. Uniformidad y continuidad tal vez única en la vida tan compleja de Europa. Es la tradición, la gran tradición que a todos reúne y que, a través de todos los cambios, subsiste. Lo que hasta ahora ha sido puesto a salvo y rescatado, la antorcha que, arrebatada de unas manos a otras enemigas, no se ha dejado caer[43].

Por otro lado la filosofía tradicional se quiebra. De aquella síntesis de la filosofía que estableciera Aristóteles. *"noûs kai episteme sophia*" (la filosofía es intuición y razonamiento), binomio en el que el punto de arranque era justamente el *noûs*, aquel conjunto de evidencias intelectuales que son el punto de arranque de todo conocimiento cierto y criterio moral de toda conducta ética, la filosofía moderna se torna pura episteme. Todo tiene que ser probado o demostrado, sin más punto de arranque que la simple experiencia empírica. Por otra parte, mientras que los animales que nos anteceden en el proceso biológico siguen fieles a las leyes que les marca la naturaleza y que se les manifiestan gracias al instinto, el hombre moderno se cree libre de todo condicionamiento, de toda vinculación con la naturaleza, señor y creador, libre de todo lazo que restrinja su libertad y no admite más ley o norma que la que él mismo se imponga, sin advertir o admitir que existen unos principios que le son dados por intuición intelectual que determinan y condicionan tanto su conocimiento como su acción moral. Hay en esta concepción de la *libertad* en la modernidad una evidente deformación. La libertad no es indeterminación absoluta. Eso sería la nada. Toda libertad es la posibilidad de un ser de actuar conforme a un abanico de posibilidades que se le abren desde su propia naturaleza. Un pez no es menos libre porque no sepa volar. La libertad siempre está condicionada esencialmente por el ser que es libre. El hombre tiene una naturaleza y no es más libre porque actúe contra ella, En ese caso simplemente es un demente, un loco. La auténtica libertad supone el conocimiento de mis posibilidades y la voluntad de elegir una de ellas. Cuando Nerón al final de su vida se iba con las bestias, porque se consideraba una de ellas, no es que su extremo poder lo hacía más libre, simplemente que era un loco.

Al final de este ciclo del pensamiento moderno la filosofía se bifurca en los dos extremos del idealismo y el materialismo, olvidando que el hombre ni es sólo ideas, espíritu, ni es sólo materia, sino la síntesis admirable lograda en el ser humano de materia y espíritu. En cuanto al idealismo, es cierto que "la genialidad de Europa

[40] Zambrano 1945, 60.
[41] Ibid., 55.
[42] Ibid., 59.
[43] Zambrano 1945, 62.

parecía consistir […] en la capacidad de desasimiento de la realidad"[44], pero

> desde Grecia (Europa) se embarcó hacia un idealismo que alcanza su extremo, precisamente, en la filosofía romántica alemana del siglo diecinueve[45].

Pero, al mismo tiempo, ha florecido el naturalismo, "la inusitada servidumbre de los hechos"[46] y "toma por real la primera apariencia que le sale al paso y anda sin entereza, sin verdad"[47], la reducción de la experiencia a la simple experiencia externa sensible, sin tener en consideración esa zona fundamental que los autores de la Generación del 98, llamaron "vivencial" –el "hombre interior" de Agustín– y como consecuencia surgió un liberalismo que olvidó

> la secreta raíz cristiana de confianza en el hombre, sí, mas no en todo lo del hombre, sino en aquel punto por el cual es imagen de alguien que al mismo tiempo le ampara y le limita[48].
>
> Ahora –nos dice Zambrano– el hombre medio, el que se cree portavoz de una época, su médula y protagonista, se rinde ante la evidencia de los hechos. Vive esclavo en terrible servidumbre, ante lo que pasa, sin ánimos para desarrollar un mínimo de violencia a fin de desasirse. La genialidad de Europa parecía consistir en gran parte en la capacidad de desasimiento de la realidad. Ahora tan poca tiene que toma por real la primera apariencia que le sale al paso, y anda sin entereza, sin verdad. Porque el encuentro de la verdad requiere su busca que sólo puede darse en un ánimo que ha sabido sustraerse a la aplastante influencia de los hechos, la pavorosidad de lo inmediato[49].

Las causas de la crisis europea

No podemos conformarnos con constatar la crisis que Europa sufre en la modernidad, sin duda uno de los giros más radicales que ha sufrido la Humanidad en su historia, sin analizar las causas que han conducido a esta situación. Propone "sumergirse lo más lúcidamente posible en el curso de la vida que acaba de pasar, adivinar su estructura interna, su secreto alimento"[50]. Porque lo que "se trata es recoger lo que de Europa actúa aún y tiene vigencia"[51].

María Zambrano analiza estas causas y destaca la crisis de la filosofía como la causa fundamental de pérdida de sentido que parece caracterizar la cultura europea.

> La razón se ensoberbeció […]. La soberbia llegó con el racionalismo europeo en su forma idealista y muy especialmente con Hegel. Soberbia de la razón es soberbia de la filosofía, del hombre que parte en busca del conocimiento y que se cree tenerlo, porque la filosofía busca el todo, y el idealista cree tenerlo ya desde el principio[52].

Y ya se sabe, como diría Goya, que la razón dejada a sí misma, construye monstruos. Por ello surge la "desconfianza en la razón" y el convencimiento de que "es saber irrealizable el ensueño de agotar el inmenso mar de la realidad en la cantarilla de la inteligencia"[53]. Zambrano concluye:

> Y si ya no se cree infalible y única a la razón, aparece, en cambio, una compañera más potente y flexible, más rápida y certera: la intuición[54].

Es interesante recordar algo sobre lo que no se suele tratar en los estudios sobre María Zambrano, el que en ella se produce una vuelta al planteamiento primigenio de la "metafísica" aristotélica, que no es una meta-fisica, sino una pre-fisica o

44 Zambrano 1945, 20.
45 Ibid., 19.
46 Ibid., 19.
47 Ibid., 19.
48 Ibid., 21.
49 Zambrano 1945, 19-20.
50 Zambrano 1945, 33-34.
51 Ibid., 33-34.
52 Zambrano 1971, 264.
53 Zambrano 1930, 55-56.
54 Zambrano 1930, 57.

"filosofía primera", porque en definitiva no es sino el análisis de las intuiciones primarias que posibilitan todo conocimiento racional. Es lo "poético" del método zambraniano de la "razón poética". La síntesis o maridaje de la filosofía griega y la teología judeo-cristiana con la llegada de la modernidad y justamente desde Descartes, es puesto en entredicho. Y especialmente desde Hegel que llevó la filosofía de la modernidad hasta su última consecuencia idealista. María Zambrano escribe:

> Inmediatamente a Hegel, se declara la crisis de la filosofía en pensadores tan dispares como Kierkegaard, Conte y Marx, que coetáneamente denuncian la "objetividad" idealista. Nietzsche más tarde denunciará la filosofía toda desde Sócrates. El último período del pensamiento occidental podría llamarse el de la 'destrucción de la filosofía'… filosóficamente[55].

Pocos pensadores de nuestros días son tan radicales frente a la filosofía de la modernidad como María Zambrano. Ella la culpa del agnosticismo en lo religioso, del escepticismo en lo filosófico, y del despotismo y los fascismos en lo político. Los campos de concentración, el desprecio a la persona y los crímenes y masacres del siglo XX, no hubieran sido posibles, según ella, sin este endiosamiento del hombre que desprecia toda norma que él mismo no se haya dado. Correspondiendo a este esquema de pensamiento, como nos dice Zambrano, ciertos sistemas se explicitan de forma arquitectónica, correspondiendo a la razón entendida al modo racionalista, según Ortega dice:

> el secreto recóndito del espíritu racionalista […] consiste en que, a despecho de las apariencias, el racionalismo no es una actitud (propiamente) contemplativa, sino más bien imperativa [...]. Pensar no es ver, sino legislar, mandar[56].

El racionalismo se muestra como un sistema en el que se produce un intento de descoyuntamiento del ser humano con relación a la naturaleza en la que se está inmerso. No se trata de ver en la naturaleza cuales son los vínculos y las leyes que nos condicionan, sino desde la independencia de un pensamiento que se considera fundamento de todo, crear un mundo a la medida de nuestros deseos. María Zambrano escribe: "Quizá no sea aventurado si a este período del pensamiento filosófico se le llamara Metafísica de la Creación"[57]. "La metafísica moderna, metafísica de creación, de la voluntad y de la libertad y que, por tanto, cada vez se desgaja más de la herencia…"[58]. La ley suprema es la libertad. El hombre se torna señor absoluto de sus actos, sin nada que lo condicione. Pero aún más:

> El hombre mismo queda situado en último término, como fundamento del ser de las cosas. […] El hombre quería ser. Ser creador y libre. Y seguidamente, ser único. Son los pasos, sin duda, decisivos de la historia moderna. Y su congénita angustia[59].

Con razón la filósofa veleña calificó al hombre moderno como el "heterodoxo cósmico". El orgullo de la razón racionalista no admite ayuda, se cree autosuficiente y autónoma hasta el punto de rechazar cualquier otra verdad que ella misma no haya fraguado. El filósofo Ortega y Gasset, situado en el epígono del Racionalismo, califica esto como el "carácter autonómico" de la Filosofía, de toda filosofía verdadera.

> Comienza el filósofo –nos dice– por evacuar de creencias recibidas su espíritu, por convertirlo en una isla desierta de verdades y luego, recluso en esta ínsula, se condena a un robinsonismo metódico[60].

Pero aún es más explícito cuando escribe:

55 Zambrano 2006, 129.
56 Ortega y Gasset 1950, 279; cf. 133.
57 Zambrano 1971, 177.
58 Ibid., 179.
59 Ibid., 177.
60 Ortega y Gasset 1969, 107.

> Es la filosofía una ciencia sin suposiciones. Entiendo por tal un sistema de verdades que se ha construido sin admitir como fundamento de él ninguna verdad que se da por probada fuera de ese sistema. No hay, pues, una admisión filosófica que el filósofo no tenga que forjar con sus propios medios[61].

Lo que no advierte Ortega es que, por muy perfecta que sea la razón discursiva, necesita, al menos, unas intuiciones intelectivas primarias, unos fundamentos lógicos y unas reglas de juego que no se las puede dar ella misma. Bellamente Agustín de Hipona expresó esta necesidad con un bello ejemplo: "por muy perfecta que sea la nave, si no sopla el viento, no podrá bogar". Se ha dado un cambio radical de la "persona" al "sujeto". La dignidad de la persona está en su trascendencia, la del sujeto en su autosuficiencia, su autonomía supuesta. Dios ha muerto y el hombre pretende suplantarlo. ¡Dios ha muerto. Viva el hombre¡.

El otro elemento de la crisis es la teología judeocristiana. María Zambrano se pregunta:

> ¿Lo realizado en Europa en su religión, ha sido el cristianismo? Y la verdad es que basta sentirse cristiano en un grado mínimo para presentir y vislumbrar que no, que lo realizado en Europa no ha sido el cristianismo, sino, a lo más, su versión del cristianismo, la versión europea del cristianismo[62].

Y se pregunta: "¿Es posible otra que sea también europea y, sobre todo, que sea cristianismo?"[63]. En un manuscrito de 1962 Zambrano insiste en la idea de que el cristianismo necesita una repristinización, una recuperación integral del mensaje primigenio. Escribe:

> El cristianismo que llega a un cierto punto tiene ante sí la barrera del "cristianismo occidental" para percibir la faz de Cristo, para percibirle, para llegar a él. Traspasar esa barrera no se puede, es peligroso disponerse a hacerlo dándose al estudio de las religiones, del espíritu de Oriente. Ayuda esto. Mas este cristiano ha de hacerlo por sí mismo y al hacerlo comprenderá las palabras cristianas, se le harán transparentes, el cristianismo recubierto se le irá apareciendo esclareciente[64].

Estas afirmaciones justifican la afirmación de Aranguren de que María Zambrano era una pensadora heterodoxa[65]. Con el tiempo se fue conciliando con la Iglesia y en su testamento, tras hacer constar sus datos personales de identificación, afirma que se reconoce como "católica, apostólica y romana" y ordena ser amortajada con el hábito de hermana terciaria franciscana, como fue también deseo muchos años antes de su admirado Miguel de Cervantes.

Las soluciones de la crisis

Zambrano no se conforma con diagnosticar la enfermedad. Propone también las soluciones adecuadas, porque "lo que se trata es de recoger lo que de Europa actúa aún y tiene vigencia"[66]. Como reacción fundamental a ese esquema racionalista Zambrano recupera esa concepción de la filosofía que asume de Aristóteles. Y como ella misma nos dice,

> así llega a suceder que trozos de pensamiento quedan sumergidos por siglos y un día salgan a la luz incorporados al total sistema por un pensamiento nuevo que los hace visibles. El progreso de la filosofía es circular, envolvente: como la vida misma se mueve en espiral: parte a la altura del presente […] –del presente inmediato– para retornar hacia el pasado, que conduce hacia un punto más allá, hacia el futuro[67].

Zambrano es en este punto radical: "La filosofía se hace a partir de *intuiciones*, no de *conceptos*"[68].

---

61 Ortega y Gasset 1969, 106.
62 Zambrano 1945, 87.
63 Ibid., 87.
64 Zambrano 1945, 87.
65 Aranguren 1966, 207.
66 Zambrano 1945, 33-34.
67 Zambrano 2006, 159.
68 Ibid., 232.

Los conceptos son universales y abstractos, elaborados por mi mente, las intuiciones, por el contrario, son individuales e inmediatas. El hombre tiene los conceptos como un espejo que refleja la realidad, pero que nos la comunica en el plano de lo universal y abstracto. Este conocimiento se le ha llamado *especulativo –en el espejo: in spéculo–*. La filosofía y especialmente la moderna, estudia este conocimiento especulativo y por ello cae en el idealismo. Es pura filosofía de *conceptos.* Aristóteles en su metafísica o filosofía primera se dirige especialmente a las *intuiciones* y a partir de ellas conoce la realidad. La metafísica es para el Estagirita, como "Filosofía Primera", el análisis razonado de aquellas intuiciones intelectuales primarias que fundamentan y posibilitan todo saber tanto teorético como práctico. Zambrano recupera el estilo filosófico de Aristóteles y construye su filosofía de la *razón poética.* Ya su maestro Ortega y Gasset había afirmado que "tal vez se abre con el principio de la intuición una nueva época de la filosofía"[69].

El de Zambrano es un método nuevo que supone: *Razón, episteme,* sin duda, porque de lo contrario no sería filosofía, no supondría una elaboración personal, que supera lo simplemente dado en nuestra intuición tanto sensible como intelectual. En ese caso sería *conocimiento,* pero no *sabiduría,* saboreo personal de lo dado en el simple conocimiento. Aristóteles definió la sabiduría como "un conocimiento según principios", principios que no son alcanzados por mi razón discursiva, sino donados en una intuición gratuita y primaria. Por ello que además de razón es *poética.* El término *poético* no hace referencia a una bella expresión literaria, aunque no lo excluye. Su sentido preciso en Zambrano hace más bien referencia a la etimología de la palabra griega *poieo,* que a tenor de lo que nos dice Platón en su obra *Ión,* significa dos cosas: en primer lugar que arranca de una inspiración –una *revelación* en expresión de Zambrano– unas *intuiciones intelectuales* que determinan y fundamentan –el *noûs* de Aristóteles– tanto nuestro conocimiento como que determinan nuestra conducta en un sentido ético.

De esta forma recuperamos ese "hombre interior" donde habita la verdad, como dijera Agustín, o, en expresión de Zambrano, donde toda verdad alborea, y que nos vincula con la naturaleza toda, lejos de esa indeterminación sustancial en que cae la filosofía moderna.

Bibliografía

Aristóteles, *Política,* I, 6, 1255 a.

Biblia sacra. Vulgatae editionis Sixti V., Pontificis maximi, jussu recognita et Clementis VIII. auctoritate edita, Paris 1922, Mateo, *Evangelio*.

López Aranguren, J. L.: "Los sueños de María Zambrano", en: *Revista de Occidente,* nº 35, Madrid 1966.

Mounier, E., *Personalismo,* Buenos Aires 1974.

Ortega Muñoz, J., "La crisis de Europa en el pensamiento de María Zambrano", en: *Religión y Cultura,* nº 108, Madrid 1979, 41-69.

Ortega Muñoz, J., "Europa, sueño y verdad. Reflexiones de María Zambrano sobre Europa", en: *Antígona,* nº 4, Rio Cuarto 2009, 290-299.

Ortega y Gasset, J., "Ni vitalismo ni racionalismo", en: Ortega y Gasset, J., *Obras Completas,* T. III, Madrid 1950.

Ortega y Gasset, J., *¿Qué es Filosofía?,* Madrid 1969.

Ortega y Gasset, J., "Sensación, construcción e intuición", *Obras Completas,* T. XII, Madrid 1983.

Zambrano, M., *Nuevo Liberalismo,* Madrid 1930.

Zambrano, M., *La agonía de Europa,* Buenos Aires 1945.

Zambrano, M., *Obras reunidas,* Madrid 1971.

Zambrano, M., *Escritos sobre Ortega,* Madrid 2006.

Zambrano, M., *Manuscrito M 400,* Fundación María Zambrano.

[69] Ortega y Gasset T. XII, 499.